

Neoliberalismo y derechización en México (1983-2008)*

Luis H. Méndez B.**

En este trabajo se entenderá por derecha o por tendencia conservadora en México, a toda organización política, económica, social o cultural, empeñada en construir y mantener, nacionalmente, el orden neoliberal impuesto en el llamado mundo global, dados los privilegios, reales o imaginarios, que tiene o cree tener; pero también se entenderá bajo esta denominación, a toda persona, grupo social o institución que por ideología, tradición moral, interés económico o poder político, lucha por restaurar los principios axiomáticos de cualquier orden anterior, o de una caprichosa combinación de ellos. A la primera la vamos a entender como nueva derecha, subdividida a su vez como nueva derecha política y nueva derecha social; y a la segunda como vieja derecha, con la misma subdivisión, aclarando que en nuestro país, y en el tiempo que aquí se analiza, no se constituyen, ni social ni políticamente, como polos que se repelen, por el contrario, de diferentes maneras, aunque no sin conflictos, se interrelacionan bajo la centralidad política de la primera.

El escenario político

El nuevo orden mundial globalizado, creado por la modernidad capitalista, muestra hoy como nunca para las sociedades de modernidad subordinada¹, un conjunto de condiciones econó-

micas, sociales, políticas y culturales que, en lo general, atentan contra todo aquello que las definían como conglomerado. Desde la dimensión cultural de una sociedad de modernidad subordinada, el

propia de un Estado-nación específico, sometido, generalmente de manera obligada, a las reglas impuestas desde los espacios sociales que contienen a los organismos transnacionales que conforman la modernidad tardía: imposición de estilos globales de comportamiento económico y político, coerción para aceptar formas universales de organización social, y apremio para estimular en el imaginario colectivo los valores ideológicos propios del absoluto social mercado. En consecuencia, la modernidad subordinada supone un autoritario proceso de desmantelamiento de las estructuras simbólicas que manifiestan lo cultural. El rasgo característico que la define es la ambigüedad y la ambivalencia, lo transitorio: un universal rito de paso que parece quedar congelado en su etapa liminal. Véase Luis

nuevo orden neoliberal, propio de la sociedad de mercado, será apreciado, vivido y sentido como una amenaza. Su inserción en las nuevas modalidades del mercado mundial, harán inciertos, contingentes y riesgosos sus procesos de adaptación al nuevo esquema de intercambio. La sociedad industrial de la modernidad media², inmersa ahora en una situación de modernidad subordinada, no va a decidir hacia dónde quiere transitar; ni siquiera serán sus propias contradicciones internas las que habrán de impulsar este tipo de procesos: será lo

H. Méndez B., *Ritos de paso trunco: el territorio simbólico maquilador fronterizo*, UAM-A-Eón Editores, México, 2005, p. 77.

² Véase Alain Touraine, *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: El destino del hombre en la Aldea Global*, FCE, México, 1998, pp. 135-162.

* Esta reflexión sobre la derecha en México es una actualización de dos trabajos previos: Luis Méndez y Miriam Alfie, "El nuevo orden y los procesos de derechización en México", *El Cotidiano* núm. 73, noviembre-diciembre, 1995, y Miriam Alfie y Luis H. Méndez B., "El orden y los procesos de derechización en México" en Luis H. Méndez B. (coordinador), *Poder, ideología y respuesta social en México*, UAM-A-Eón Editores, México, 1997.

** Profesor-Investigador del Departamento de Sociología de la UAM-A.

¹ Cuando aquí hablo de modernidad subordinada, me refiero a una situación social,

externo quien establezca, en esencia, las condiciones, no de su tránsito, sino de su muy particular y forzada ubicación y pertenencia al orden global.

Tal es el caso de México. A partir de 1983 se nos impuso un nuevo sagrado laico con una oferta ideológica readecuada a los tiempos de la globalización (el mercado regulador y el fin de la política), y se nos exigieron, desde los centros de poder mundial, ciertos esquemas de desarrollo económico neoliberal que ayudaran a consolidar los procesos mundiales de apertura a las fronteras en el país; en lo político, se comprometió la imposición de un particular tipo de democracia y, en lo social, se obligó al irrestricto respeto a los derechos humanos, constitucionalmente estipulados en el apartado de Garantías Individuales. Son estos procesos los que hoy se reconocen como transición: reacomodos sociales inciertos que, supuestamente, deberían fomentar tendencias liberalizadoras y/o democratizadoras. No ha sido así: el camino hacia un nuevo ideario nacional con marcado carácter neoliberal, ha sido obstaculizado por una clase política que no ha podido, o no ha querido, abandonar sus viejas prácticas autoritarias, pero también por la lucha de resistencia de vastos sectores de la sociedad civil que se sienten intimidados por un proyecto nacional difuso que ha empeorado, en mucho, su calidad de vida.

Esto nos permite suponer que, más que buscar cumplir con un conjunto de nuevos valores sociales de carácter axiomático, lo que el poder en turno ha procurado es consolidar los elementos estructurales que activen nuestra conexión con el mundo global. Muchas cosas pueden cambiar, pero aquellas que definen substancialmente el orden mundial permanecerán inalterables mientras éste se encuentre vigente. Con democracia o sin ella, la apertura comercial continuará, los procesos productivos seguirán internacionalizándose, los medios de comunicación se consolidarán como el nuevo intelectual orgánico de la modernidad, el Estado nacional proseguirá perdiendo fuerza y se fortalecerán los poderes ocultos que ejercen la dominación al margen de la formalidad democrática; en suma, se mantendrá inalterable y desigual el carácter contingente, riesgoso e incierto propio de la sociedad en el actual momento de modernidad capitalista.

En este entorno, la clase política mexicana ha mostrado una tremenda incapacidad para ponerse de acuerdo en la construcción de un proyecto nacional que le permita enfrentar, como país, los retos que le plantea el nuevo tiempo. ¡Y qué paradójico! La democracia procedimental, exigida desde el exterior por todos aquellos que la consideran el valor supremo del nuevo sagrado laico llamado mercado, por la que tanto

lucharon y luchan significativos sectores de la sociedad civil, la que apoyaron, al menos declarativamente, los últimos cinco gobiernos de la República, y la que supuestamente impulsa el sistema de partidos mexicano; qué desconcertante, enfatizamos, que esa democracia se haya convertido en el principal obstáculo para la estabilidad política del país, en el elemento más importante de disolución de lo social, y en doctrinario promotor de políticas económicas que, a lo largo de más de veinte años, han mostrado su fracaso: estancamiento económico, excesiva e inquietante concentración del ingreso y un descomunal incremento de la pobreza extrema.

No menos desconcertante resulta también advertir cómo la formal instauración de los valores democráticos no ha podido invalidar la fuerza de la vieja cultura política nacional; la que, engendrada por la Revolución Mexicana, hoy sigue viva y actuante. Los políticos mexicanos de hoy, los de la alternancia democrática, tienen como prioridad, al igual que antes, eliminar a su adversario. No pretenden discutir ideas, argumentar proyectos o razonar en torno a programas: ¡no! Se trata de aniquilar al contrario, ya no por medio de las armas, es cierto, ahora les basta un video, una grabación, o cualquier otra delicadeza tecnológica que logre silenciar, desplazar o desaparecer al contendiente político. Y, por supuesto, la destructiva fuerza de la corrupción tampoco ha desaparecido, ni el clientelismo ni los compadrazgos —hoy llamados tráfico de influencias. Nos libramos de la despótica y emblemática figura del Señor Presidente, lo malo es que sus poderes absolutos parecen haber reencarnado en las organizaciones políticas que integran un —¿democrático?— sistema de partidos. Del presidencialismo a la partidocracia ¿qué ganamos?

En suma, la nueva etapa de la modernidad capitalista, la llamada modernidad tardía, creó las condiciones —modernidad subordinada— para que se construyeran ritos de paso truncos, no paréntesis históricos a los que intelectuales y políticos han dado en llamar transición política o transición a la democracia. Nuestro nacional rito de paso, entendido como el tránsito de un orden nacionalista a otro neoliberal, sigue atascado en su etapa liminal. La ambigüedad y la ambivalencia nos definen. Con todo y nuestra “lograda” democracia y su enorme carga simbólica de sagrado neoliberal, no dejamos de ser nacionalistas y, sin embargo, nos asumimos como creyentes del mercado: de tanto ser lo uno y lo otro, terminamos por no ser ninguno de los dos; nos volvemos ambivalentes, híbridos³.

³ El rito de paso es un concepto creado desde la antropología para dar cuenta de los movimientos que culturalmente registran el movimiento de

La ubicación de la derecha en la sociedad de mercado

Si pudiésemos hablar de algún sector social en específico considerado triunfador político en este conflictivo proceso, sin duda tendríamos que referirnos a la derecha. Sin embargo, antes de hacerlo, dada la gran carga subjetiva que el término conservador o derecha tiene, antes de emplearlos para definir una parte importante del espectro político que hoy muestra el país, convendría precisarlos con el mayor rigor posible. Hablar de derecha, es decir, de una tendencia conservadora, es hablar de toda organización política, económica, social y cultural empeñada en mantener el orden vigente dados los privilegios, reales o imaginarios, que tiene o cree tener; pero también puede hacer referencia a toda persona, grupo social o institución que por ideología, tradición moral, interés económico o poder político, lucha por restaurar el orden pasado. A la primera la vamos a entender como nueva derecha y a la segunda como vieja derecha.

Las posturas conservadoras de esta nueva derecha expresan en sus muy diversos comportamientos el establecimiento del orden que trata de imponerse en México desde 1983 y tienen lecturas a nivel internacional y nacional. Nos referimos en concreto al orden neoliberal que propone el auge del mercado, la competitividad y una racionalidad basada en el cálculo de costos y beneficios como medio para acceder a los fines propuestos; un orden donde el aparato de Estado y la política de seguridad social poco a poco se ven reducidos pensando que las fuerzas del mercado son las únicas capaces de resolver los problemas

un estado social a otro. Se habla de que todo rito de paso cumple tres etapas: la de separación, la liminal y la de agregación. Cuando aquí me refiero a un rito de paso trunco, hablo de una situación especial donde el rito de paso, por diferentes circunstancias, permanece atorado en la etapa liminal. Para el caso que aquí preocupa, considero como un rito de paso el movimiento de la sociedad mexicana de un orden nacionalista revolucionario a otro de libre mercado; rito de paso que, después de un cuarto de siglo, no ha podido alcanzar la etapa de agregación; rito de paso que se quedó trunco, atorado en su etapa liminal. Esto es, vivimos una situación de ambigüedad y ambivalencia, donde de tanto ser lo uno y lo otro, hemos terminado por no ser ni lo uno ni lo otro. Nuestra sociedad no es la sociedad nacionalista de antes ni tampoco la que hoy predica el doctrinario neoliberal, es un híbrido, un rito de paso trunco, una lucha no resuelta entre absolutos sociales, entre sagrados laicos. Véase Luis H. Méndez B., *Op. cit.* pp. 33-46; Luis H. Méndez B. "Reforma del Estado e ingobernabilidad. Historia inconclusa de un orden pendiente" en el Tomo I de Luis H. Méndez B. y Marco Antonio Leyva (coordinadores), *2000-2006. Reflexiones acerca de un sexenio conflictivo*, UAM-A-Eón Editores, México, 2007; Luis H. Méndez B. y Miguel Ángel Romero, *México: modernidad sin rumbo (1982-2004)*, UAM-A-Eón Editores, México, 2004; Luis H. Méndez B., "El ambiguo entorno de una coyuntura: la elección presidencial del 2006", *El Cotidiano* núm. 141, enero-febrero. 2007, DCSH-UAM-A-Eón Editores.

planteados por la sociedad; se propone en suma: "...la extensión del mercado a más y más áreas de la vida; la creación de un Estado despojado del compromiso 'excesivo' tanto con la economía como con la provisión de oportunidades; la restricción del poder de ciertos grupos para hacer valer sus metas y objetivos; y la formación de un gobierno fuerte que aplique la ley y el orden"⁴.

Varias han sido las fuentes teóricas de las cuales esta visión del mundo se ha nutrido; queremos referirnos en especial a la conocida como *the rational choice* por su influencia en los políticos mexicanos que estudiaron en Estados Unidos y que desde 1983 trataron de implantar los principios de esta teoría en nuestro país. Su fundamento es el cálculo racional que los individuos establecen en sus acciones, al sopesar los costos y los beneficios y considerar los medios adecuados para llegar a los fines propuestos. De aquí que todas las relaciones sociales se orienten en lo esencial por intereses y expectativas utilitarias de los sujetos que en ellas participan.

Todo este proceso, económico, político e ideológico, se inscribe en el ámbito de la llamada globalización, entendida en sentido amplio como el desdibujamiento de fronteras, proceso que generó un regreso al mercado al incorporar una nueva racionalidad donde las prestaciones sociales, los derechos de los trabajadores y la dinámica social gira alrededor de patrones de costo-beneficio⁵. Pero también en el campo político-social esta visión deja su huella. La nueva derecha sólo puede ser entendida a través de la actuación de los individuos privados, aislados, en competencia unos con otros. Se privilegia el principio de ciudadanía como forma de participación de la población en el proceso de toma de decisiones. El ciudadano individual es la primordial unidad de análisis a considerar.

Para la nueva derecha, la libertad es entendida como garantía de competencia y como derecho inalienable del individuo para perseguir sus propios fines: el derecho a la propiedad y a la acumulación de recursos. La doctrina liberal establece axiomáticamente que sólo los individuos pueden juzgar qué es lo que quieren, por lo tanto, cuanto menos interfiera en sus vidas el Estado, mejor para ellos. Su marco legal y normativo será la parte liberal de la Constitución: las garantías individuales que garantizan, formalmente, la libertad y la igualdad a la que todos los individuos tienen derecho.

⁴ D. Held. *Modelos de Democracia*. México, Alianza, 1987.

⁵ Para mayor información sobre el tema consúltese Miriam Alfie. "Movimientos Sociales y Globalización" en *Sociológica* (México, UAM-A), núm. 27, año 10, enero-abril de 1995.

Respecto a la política, la nueva derecha la concibe como un amplio mercado en el que los oferentes –partidos políticos– compiten por la preferencia de los consumidores –ciudadanos individuales– y para ello ofrecen los productos –políticas públicas– que consideran tendrán mayor respuesta; y en cuanto a la democracia, la comprende como un conjunto de reglas que estipulan, en lo esencial, que la política sólo es privilegio de las organizaciones partidarias y que su exclusivo campo de acción serán los procesos electorales; una forma de democracia ciudadana que inhibe la presencia de la sociedad civil más allá de su derecho a votar.

La vieja derecha por su lado, a diferencia de la nueva, enarbola los principios de grupos sociales conservadores que tratan de recuperar los privilegios que les otorgó el orden anterior⁶. Es común que para lograr sus intenciones recurran a la violencia, a la intolerancia y a un conjunto de valores desterrados por el nuevo orden, pero aún con vigencia en estratos importantes de población. Sus acciones, casi siempre beligerantes y no pocas veces fanáticas, establecen una tensión permanente entre el nuevo orden que no acaba de emerger y el viejo orden, generalmente descompuesto, que se niega a morir, y es precisamente en estos momentos de deterioro donde no acaba de emerger lo nuevo, cuando las probabilidades de intolerancia, persecución e injusticia son más comunes.

La nueva derecha en México (1983-1994)

Este perfil de nueva derecha neoliberal que a nivel mundial empezó a cobrar auge desde fines de los años sesenta, y adquiere características específicas en nuestro país en la década de los ochenta, transformará el espectro político nacional. Los cambios comienzan a hacerse sentir con más determinación política a partir de 1983, desde un gobierno

⁶ Como más adelante se explicará, la vieja derecha cubre un amplio espectro que contiene a vastos sectores de la sociedad civil en México y a importantes grupos de la sociedad política. Sin embargo, vale mencionar que no es muy adecuado reducir su definición a aquellos grupos (políticos y sociales) o individuos que pugnan por la permanencia del orden anterior; es decir el nacionalismo revolucionario; incluye también a sectores amplios de población, también sociales y políticos, adheridos a valores y principios que tienen su origen desde nuestra época colonial y siguen teniendo vigencia en el México de hoy. Por otro lado, hay que aclarar que no es tajante la división entre nueva y vieja derecha, se entremezclan y forman tinglados ideológicos frecuentemente difíciles de desentrañar; de la misma manera que sería inadecuado considerar a la vieja derecha como un bloque, cuando en realidad se integra por diferentes sectores sociales que, en no pocas ocasiones, se enfrentan, cultural, social y políticamente entre ellos.

(Miguel de la Madrid), desde un partido político representante del viejo orden (el PRI), y, principalmente, desde la implementación de nuevas políticas económicas orientadas a transformar progresivamente el carácter interventor del Estado mexicano. Esta nueva derecha, engendrada en el orden anterior por miembros destacados de la clase política priísta, entrará en alianzas (más o menos explícitas y no exentas de conflicto) con una nueva derecha empresarial y con fracciones importantes de otra nueva derecha política aglutinada, en lo esencial, en el Partido Acción Nacional. El mercado, la libertad de los individuos y la competitividad empresarial se constituyeron en su eje aglutinador.

Desregularizar, privatizar, modernizar y racionalizar se convirtieron en las nuevas banderas de un gobierno –el de Miguel de la Madrid Hurtado– que nombró Cambio Estructural a este proceso de conversión que alcanzaría su clímax en el gobierno de Carlos Salinas de Gortari cuando nuestros dirigentes estatales, después de impulsar una política de apertura económica indiscriminada hacia el exterior, terminan por firmar un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá y por lograr el ingreso de México a la Organización para el Comercio y el Desarrollo Económico, OCDE.

La adopción del modelo neoliberal desde el gobierno de Miguel de la Madrid redujo la intervención estatal en la economía y trató de establecer un lenguaje donde la racionalidad, el crecimiento económico y la apertura fueran sus pivotes, esquema que a partir de 1989 sería impulsado de manera acelerada por la administración salinista. Este nuevo enfoque también fue visible en otros contextos, fundamentalmente el ideológico. Los referentes nacionalistas que servían de aglutinadores de la identidad colectiva, el nacionalismo revolucionario, empezaron a ser desplazados. Los discursos y propuestas desde el poder difundían otro tipo de imágenes: un individuo cosmopolita, moderno, competitivo, racional, sin prejuicios. Una nueva axiología se impuso desde arriba al fomentar, más en el terreno de la ideología que en el de las realidades materiales, “...una homogenización económica, política y cultural, mediante la formación de bloques, la adopción de políticas y sistemas neoliberales y la emisión de mensajes culturales y de consumo”⁷.

Pero si a nivel económico e ideológico se pretendió una amplia transformación de la estructura y los valores de la sociedad mexicana, no sin profundas contradicciones y serios conflictos, en el nivel de la política la situación fue diferente. Recordemos que la propuesta política del modelo

⁷ Miriam Alfie, *Op. cit.*

neoliberal se basa en la libertad y la competencia entre distintos actores, de donde emerge una democracia legal y normativa. Al México que comienza a construirse en 1983 parece no importarle la democracia política propia del modelo neoliberal. Por un lado nos encontramos con una vieja derecha priísta defensora de los postulados nacionalistas, en franco proceso de agonía, que se enfrenta al proyecto modernizador del gobierno y se niega, por principio, a cualquier intento por impulsar una democracia ciudadana y a hacer suyos los criterios de eficiencia en la toma de decisiones políticas y el manejo de las finanzas públicas, tal y como señala el modelo neoliberal; por el otro, la nueva derecha, también priísta y en el poder, la de los postulados eficientistas y de la racionalidad tecnocrática, que va a luchar en contra de los postulados del nacionalismo revolucionario pero que, contradictoriamente, coincidirá con la vieja derecha en cuanto al interés por no impulsar un proceso de democratización competitivo, real y creíble en el país. La nueva derecha en el poder utilizará los gastos, pero aún eficientes, recursos de control electoral a través de los muy diversos mecanismos del fraude, para manejar a su arbitrio los resultados comiciales; y aliada con la nueva derecha partidaria representada por el PAN, inauguran en el régimen salinista las llamadas concertaciones, instrumentos cupulares de negociación electoral totalmente reñidos con cualquier idea de democracia.

A lo largo de dos sexenios, la nueva derecha impuso su poder en México sin tener que recurrir al expediente de la democracia. Desde el poder centralizado y oculto que creó un selecto grupo de tecnócratas formado en Estados Unidos, se intentó construir un nuevo orden, bautizado como Liberal Social, que nunca supo cómo superar sus propias contradicciones. El enfrentamiento entre el centro oculto del poder con el resto de la clase política, las contradicciones al interior de este poder invisible y el cuestionamiento del orden establecido por medio de las armas, habrían de terminar, de manera por demás dramática, con este primer experimento de orden neoliberal en México, con este híbrido que no pudo sostenerse a pesar de las ayudas políticas concertadas y de los apoyos sociales promovidos a través del Programa Nacional de Solidaridad.

No obstante lo anterior, la nueva derecha política enquistada en el aparato del Estado, en algunos sectores del PRI y en el PAN, no va a desaparecer con la ruptura del Liberalismo Social; por el contrario, se consolidará al eliminar del ideario político neoliberal cualquier atisbo contaminante de ideología social que recordara al viejo nacionalismo revolucionario. Por otro lado, esta consolidación política neoliberal de la nueva derecha en México, fa-

voreció el crecimiento y consolidación de una nueva derecha social a la que se unió, no sin conflictos, la parte no nacionalista de la vieja derecha mexicana que, durante los años del presidencialismo metaconstitucional, permaneció prácticamente en la oscuridad. Con esta nueva y vieja derecha política y social, se fortaleció una cultura conservadora, una nueva opción que recogió viejos patrones y códigos de comportamiento y recuperó antiguas instituciones que parecían desgastadas; una nueva derecha —no claramente liberal—, que generaliza cada vez más el humanismo cristiano; la dignidad de la persona, entendida como el respeto a una rígida moral decimonónica, y la recuperación de la religión, la escuela (privada, claro) y la familia como generadores de los valores supremos de la sociedad.

Esta vieja derecha social, ubicada generalmente en la extendida clase media mexicana, apoya los postulados de la doctrina liberal en cuanto a economía y política se refiere, pero en sus conductas cotidianas y en sus exigencias de orden social, se comporta más bien como abanderada de postulados reaccionarios⁸ que contradicen al mismo liberalismo, en especial por su apego a las instituciones religiosas y a la moral que de ellas emana. Parte importante de ella niega en los hechos el carácter laico propio de cualquier liberalismo. Por supuesto, lo anterior no significa que en la sociedad civil mexicana no existan organizaciones que respondan directamente a la lógica liberal de una sociedad de mercado, simplemente consideramos que carece aún de la fuerza política y social necesaria para extender y hacer valer dentro de la sociedad sus principios ideológicos: consolidar una cultura democrática ciudadana, defender de una manera real y efectiva los derechos humanos, e influir en las políticas de gobierno en materia ambiental, entre lo más destacable.

La consolidación política y social de la derecha en México (1995-2007)

Con la caída del Liberalismo Social, el espectro político del país vuelve a reacomodarse. A la llegada de Ernesto Zedillo a la Presidencia de la República, el grupo gobernante —en ese momento todavía priísta— trata de constituirse como la nueva derecha política que intentará construir el nuevo orden, ahora sí neoliberal, sin artificios, según lo muestra el Plan Nacional de Desarrollo 1994-2000. Sin embargo, la derecha

⁸ Entendemos por reaccionario «...todo comportamiento colectivo que, oponiéndose a un determinado proceso evolutivo en acción en la sociedad, trata de hacer retroceder a la misma sociedad a estadios que dicha evolución había superado», Norberto Bobbio y Nicola Matteucci. *Diccionario de Política*. México, Siglo XXI Editores, 1982.

del Liberalismo Social seguía existiendo políticamente y continuaba siendo nueva al hacer suyos los lineamientos doctrinales del neoliberalismo económico, y aunque de inicio mantuvo viva una profunda contradicción con el gobierno zedillista, terminarán aliados en la lucha por imponer un poder público visible —se pensaba en ese momento— capaz de imponer un neoliberalismo que incluyera la transición democrática del país. Sabríamos poco después que no había de ser así. Se constituiría nuevamente un híbrido que contendría, al igual que el liberalismo social salinista, un nuevo centro oculto del poder en lo político, al margen del poder público visible democráticamente electo, preocupado exclusivamente por consolidar el neoliberalismo económico en México y, con ello, sus enormes privilegios.

El Partido Acción Nacional por su parte, integrante destacado de la nueva derecha política, va a modificar sus apoyos. La alianza que sostuvo con el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, cuya expresión más acabada fue la llamada concertación en los procesos electorales, se transformará en reiterada crítica al frustrado orden Liberal Social que por seis años apoyó. Favorecerá ahora, de manera más abierta, al gobierno zedillista, preparándose para luchar por la Presidencia de la República en el año 2000 y para la mayoría en el Congreso en 1997, coincidiendo con la nueva derecha política priísta en el impulso a un proyecto neoliberal que incluyera el proceso de democratización del país.

Por lo demás, se refuerza la vieja derecha social con marcado carácter reaccionario, propia de las viejas organizaciones clasemedieras, en especial las de orientación religiosa, inmersas en acciones de educación, moral, rescate familiar y buenas costumbres, y se debilita la otra vieja derecha nacionalista priísta, aunque sin dejar de provocar fuertes dolores de cabeza al gobierno de Ernesto Zedillo⁹; por otro lado, persiste el crecimiento de la nueva derecha social típicamente neoliberal, representada en muchas y variadas Organiza-

⁹ Resulta difícil señalar explícitamente los sectores o corrientes que profesen esta ideología. Fue posible hacerlos reconocibles a través de las declaraciones de algunos connotados militantes priístas en su lucha contra de las reformas energéticas impulsadas por la nueva derecha política o por medio del escándalo provocado por los crímenes políticos de 1994 y por las incongruencias y contradicciones seguidas en los procesos judiciales encargados de su esclarecimiento. La única vieja derecha nacionalista teóricamente identificable, era la constituida por los bastiones sindicales del viejo corporativismo sindical afiliados al PRI, aunque desde el gobierno salinista hasta el día de hoy se sujetan a los dictados de la nueva derecha política en el poder. Paradójico reconocer cómo los constructores de una sociedad de libre mercado se alían con fuerzas corporativas ajenas a sus postulados doctrinarios para alcanzar sus objetivos; este es un ejemplo importante de la ambigüedad y la ambivalencia propia de un orden social desequilibrado, de un Estado híbrido.

ciones Sociales No Gubernamentales, dedicadas a la defensa de los derechos humanos y la conservación ambiental y, sobre todo, de organizaciones empresariales empeñadas en la liberación de la economía y en la flexibilidad de la producción por medio de la Calidad Total. En suma: la nueva derecha social, en sus diferentes frentes, junto a la nueva derecha política encabezada por el PAN, apoyadas las dos por la vieja derecha social religiosa, se dedicaron a presionar de diversas formas a la nueva derecha en el poder con el fin de imponer una sociedad de libre mercado con todo y su fundamento básico de desigualdad social natural.

Este acelerado proceso de derechización de la política y la sociedad en México, alcanzó su momento cúlmine con las elecciones presidenciales del año 2000. El triunfo del candidato panista a la presidencia de la República, Vicente Fox Quezada, fortaleció, como nunca después de 1910, a todas las tendencias que integran el ámbito de la derecha en México, bajo la centralidad política de la nueva derecha en el poder. El hecho de que un partido político de derecha, le arrebatara democráticamente el poder al partido que hegemonizó la presidencia de la República desde fines de los años 20 del siglo pasado, habría de inclinar hacia la derecha no sólo el espectro político nacional, sino también los comportamientos de buena parte de las organizaciones que integran a la sociedad civil.

Sin embargo, la muy particular —y muy criticada— forma de gobierno ejercida por la administración foxista¹⁰, logró, entre muchas cosas indeseables, acentuar los aspectos conflictivos en la relación de la derecha mexicana, en especial de la nueva derecha política, retardando con esto la posibilidad de consolidar un proyecto nacional que, desde la derecha, rompiera con la hibridez que, todavía hasta hoy, define al Estado mexicano. Nos referimos en lo esencial a las fuerzas triunfadoras del PAN, a los poderosos sectores del PRI que, desde 1983, impulsan una propuesta neoliberal para el país, y a una nueva izquierda al interior del PRD que, al menos desde el gobierno de Zedillo, comenzó a negociar políticamente con la nueva derecha para fortalecer sus logros políticos y para alcanzar nuevos cotos de poder.

En suma, paradójicamente, el gran triunfo histórico de la nueva derecha política, terminó fragmentándola. En lo general, se polarizó en dos grandes fuerzas: por un lado, la nueva derecha instalada tanto en el poder ejecutivo como en el poder judicial; por el otro, una nueva derecha también, pero colocada en el estratégico espacio del poder

¹⁰ Para saber con mayor precisión los pormenores del llamado gobierno del cambio, véase la obra de tres tomos coordinada por Luis H. Méndez B. y Marco Antonio Leyva P., 2000-2006. *Reflexiones acerca de un sexenio conflictivo*, UAM-A-UAM-I—Ediciones Eón, México, 2007.

legislativo (el victorioso grupo parlamentario del PAN, el príncipe liberal con un alto porcentaje de curules, y parte importante de la nueva izquierda electoral perredista).

La situación era, por decir lo menos, extraña, incongruente y un tanto cuanto absurda. El mismo día de los comicios presidenciales, el Partido Acción Nacional vivió la ingrata sorpresa de perder ganando. Después de muchos años de perseverar en el objetivo, por fin resultó triunfador en la elección presidencial del 2000, pero, qué curioso, de inmediato fue derrotado por la pretenciosa actitud de su propio candidato, el carismático personaje que personalizó la hazaña de vencer al PRI para, posteriormente, reducirle significativamente los espacios al PAN en la toma de decisiones y en el ejercicio del poder. En este sentido, no dejaron ningún lugar a dudas las declaraciones emitidas y las decisiones tomadas por el candidato triunfador después del anuncio oficial de resultados: el equipo, el programa y la doctrina del gobierno del cambio serían foxistas y no panistas. El recurso de contratar agentes “caza talentos” para reclutar a los integrantes del nuevo gabinete, la redacción del nuevo Plan Nacional de Desarrollo por parte de un equipo de especialistas, no necesariamente miembros de Acción Nacional, las primeras iniciativas de gobierno que se presentaron, no sólo sin consultar a los jefes del PAN, sino contrapunteando sus posturas, eran señales claras de que el nuevo gobierno marcaría sus prioridades, su línea discursiva y, en general, todo su proyecto político, con la mayor independencia posible del partido que lo llevó al poder. La justificación de Vicente Fox fue tajante: su gobierno era de transición, impulsado por una fuerza ciudadana que estaba más allá de los límites del blanquiazul y que, por tanto, requería del concurso de todos los mexicanos. Pronto habríamos de saber cuánto de fantasía contenía esta aseveración que, al plasmarse en políticas públicas específicas, terminarían entorpeciendo la relación entre la nueva derecha política en su búsqueda por la creación de un nuevo orden nacional apoyado en la doctrina neoliberal¹¹.

Desde el momento de la polarización de las fuerzas políticas de la derecha —en realidad desde mucho antes— la nueva derecha social volcó su apoyo a las fuerzas que ahora concentraba el Ejecutivo Federal. El lugar político que por derecho le pertenecía a los cuadros destacados del PAN en el nuevo gabinete, fue ocupado por sectores de esta nueva derecha social, en especial provenientes del sector empresarial, y más precisamente del grupo que, desde

¹¹ Véase a este respecto, “Tercera Etapa. De la esperanza al desencanto” en el libro de Luis H. Méndez B. y Miguel Ángel Romero, *Op. cit.*, pp. 173-183.

la sociedad, apoyó financieramente la campaña presidencial del candidato panista: *Los Amigos de Fox*. Igualmente hubo lugar para los intelectuales que, también desde lo social, lucharon por el llamado “voto útil”; alianzas políticas establecidas con organizaciones civiles —más con Vicente Fox que con el PAN— que se encargaron de promover el voto a favor del candidato de la derecha, bajo el supuesto, pronto habríamos de saber cuán erróneo, de que sacando al PRI de los Pinos la democracia fluiría ligeramente¹².

Por su parte, la vieja derecha social religiosa, eclesiástica y laica, se alineó con el Ejecutivo Federal, aunque tratando de aliviar el conflicto entre los dos polos en que se fragmentó la derecha política. El acercamiento de esta parte de la vieja derecha social al gobierno foxista, obedecía a razones tanto estratégicas como tácticas. Estos grupos de ultraderecha, poco tenían que ver en realidad, doctrinariamente hablando, con la ideología liberal, el apoyo a sus muy viejas demandas, o más bien, el desagravio a sus grandes derrotas históricas era posible —creían, y no sin razón— desde la cúpula del poder político¹³.

Este escenario de fragmentación de la derecha mexicana durante el conflictivo sexenio de Vicente Fox, expresión de las erróneas y contradictorias políticas públicas impulsadas durante su administración, favorecieron el resurgimiento de la izquierda partidaria y parte significativa de la izquierda social en México. Se puso en riesgo el poder público visible, democráticamente alcanzado por la derecha política en el año 2000, y, ante la emergencia, ésta hizo uso legal

¹² Destaca por su importancia política en el proceso electoral del 2000, el llamado Grupo San Ángel, del cual surgieron personajes, en ese momento no panistas, que participaron en puestos importantes del gabinete foxista; tal es el caso de Jorge Castañeda, Adolfo Aguilar Zinser y Santiago Creel.

¹³ Nos referimos al deseo de la Iglesia Católica por recuperar sus viejos feudos dentro de la sociedad, en especial, su influencia sobre los procesos educativos; en el espacio de lo político, reconquistar su pasada autoridad dentro de la esfera del poder, y dentro del ámbito de lo sagrado, lograr quitarle la centralidad al pensamiento laico imponiendo socialmente sus desgastados valores axiomáticos. Varios fueron sus logros al respecto, en especial los alcanzados en los gobiernos estatales gobernados por el PAN, y si bien es cierto no han logrado aún posesionarse de la centralidad en el ámbito de lo sagrado, cuando menos la comparten en parte importante con el sagrado liberal de la economía del mercado. Pero nos referimos también a la vieja derecha religiosa laica, que encontró campo fértil durante el gobierno foxista para recobrar su disminuida fuerza. Desde su clandestina militancia, sus valores conservadores encontraron cauces estatales para esparcirse en los espacios de la política y de la sociedad. La concreción organizativa más evidente de estos grupos de derecha la constituye *El Yunque*, agrupación secreta, frenéticamente anticomunista, de naturaleza violenta y de largo y nefasto historial, que logró penetrar las estructuras federales, estatales y municipales durante el gobierno de Vicente Fox. Véase Álvaro Delgado, *El Yunque. La ultraderecha en el poder*, Plaza y Janés, México, 2003.

e ilegal del poder que ostentaba: pospuso sus diferencias y se aprestó para luchar unidos contra la amenaza. Es cierto, lograron mantenerse en el poder después de la elección presidencial del 2006; el PAN mantuvo por fin la centralidad en el ámbito de la política nacional, pero el costo fue demasiado alto: una sociedad peligrosamente polarizada.

Si queremos encuadrar el tiempo de esta lucha descarada por el poder, comenzaríamos en el 2003 con el embate de la derecha en su conjunto por sacar de la contienda presidencial —a través de medios ilícitos revestidos de legalidad— al candidato de la izquierda partidaria, Andrés Manuel López Obrador¹⁴; para terminar con la desaseada contienda electoral y postelectoral del 2006 por la presidencia de la República¹⁵. La derecha política unida, apoyada sin cuestionamiento alguno por la nueva y la vieja derecha social, lograron su objetivo a costa de la gobernabilidad de este país. Lo sucedido no hizo sino aumentar los índices de desconfianza, ya de por sí altos, de la sociedad civil hacia sus instituciones.

Desde los turbadores meses del *desafuero* impulsado por la derecha política en contra de López Obrador, entonces jefe de gobierno del Distrito Federal y después candidato a la presidencia de la República, el ambiente político nacional, ya de por sí descompuesto, arreció su proceso de enrarecimiento. Varios hechos entremezclados, realizados por diversas tendencias derechistas, terminaron por pervertirlo. Cómo no recordar la preocupante debilidad —¿o parcialidad?— del Instituto Federal Electoral después de la autoritaria designación, en el 2003, de los nuevos consejeros electorales y de su presidente, a partir de un acuerdo arbitrariamente decidido e impuesto por el PRI y el PAN ignorando al resto de las fuerzas políticas, en especial al PRD; y qué decir de la confusa actuación, por mencionar lo menos, de este mismo Instituto durante los meses de la contienda electoral, ni cómo olvidar la militante —por tanto caprichosa, injustificada e insostenible— intromisión del Ejecutivo Federal y de su aparato para favorecer una particular orientación política, la de su partido, ignorando sus obligaciones como jefe de Estado; cómo no hablar de los

¹⁴ Acerca de este tiempo de lucha en que la derecha se une en contra de un enemigo común, véase el Número 132 de la revista *El Cotidiano, Tiempo de Coyuntura*, julio-agosto, México, 2005, y el libro de Alejandra Lajous, *AMLO: entre la atracción y el temor. Una crónica del 2003 al 2005*, Océano, México, 2006.

¹⁵ Véase el Número 141 de la revista *El Cotidiano, Procesos electorales: incertidumbre, contingencia y riesgo en la elección presidencial*, enero-febrero, México, 2007; Lorenzo Meyer, *El espejismo democrático. De la euforia del cambio a la continuidad*, Océano, México, 2007; Roger Bartra, *Fango sobre la democracia*, Editorial Planeta, México, 2007; José Reveles, *Las manos sucias del PAN. Historia de un atraco multimillonario a los más pobres*, Editorial Planeta, México, 2006.

descompuestos comportamientos de los partidos políticos, que, con harta frecuencia, ignoraron los mandatos de la normatividad electoral vigente, o sus desleales pugnas internas y externas con demasiada frecuencia señaladas por la corrupción, o su compulsiva determinación por eliminar al adversario antes que dialogar con él; cómo dejar de hacer alusión a la ilegal, despótica y parcial injerencia de ciertos sectores sociales, como los empresarios de la televisión, la Iglesia Católica o, en general, los poderosos señores del dinero, transformados a lo largo del proceso en poderosos grupos de presión política a favor de la orientación de derecha representada por el PAN, todo esto en un desfavorable entorno señalado por la ambigüedad y la ambivalencia, por un vacío político que hizo cada vez más frecuentes los momentos de ingobernabilidad en el país.

La idea de fraude se instaló en las fuerzas opositoras de izquierda, y la enorme movilización social que generó la demanda política de *voto por voto casilla por casilla* mostró, para los presuntos ganadores, amenazantes atisbos de una violencia social que nunca se dio¹⁶. En este ambiente político descompuesto, no resultó para nada extraño la propuesta del IFE de contar las actas para certificar los resultados del PREP, aunque nada extraño resultó tampoco el resultado que confirmaba lo que ya antes había declarado el IFE: el apretado —¿planeado?— triunfo del candidato del PAN. La desconfianza se impuso en la oposición partidaria y en las redes ciudadanas se acrecentó la sospecha y subió de tono la irritación. Sólo quedaba ya la voz del Tribunal Federal

¹⁶ Fue monumental y enormemente llamativa la respuesta ciudadana organizada por el equipo de AMLO con el apoyo del PRD en la lucha postelectoral. Cuatro marchas que, por la enorme cantidad de asistentes, terminaron por transformarse en enormes plantones que cubrían todo el Centro Histórico, la Alameda Central por Av. Juárez y buena parte de Reforma; en una ocasión, hasta el Museo de Antropología. Entre uno y tres millones de manifestantes corearon hasta el agotamiento la consigna que los había llevado a la calle en un inusual acto de identificación colectiva: *voto por voto y casilla por casilla*, y no fueron escuchados. Al reclamo ciudadano, oídos sordos. Ni los actores políticos, a excepción del PRD, ni la autoridad electoral, tomaron en cuenta la voz de los de abajo. Ante la cerrazón, el movimiento social se radicalizó, y, sin sobrepasar la lucha pacífica, se constituyó en plantón permanente, y el día 16 de septiembre, en Convención Nacional Democrática. La respuesta fue más que evidente: una gran parte de la población decidió no reconocer el triunfo del candidato panista a la presidencia de la República. Fue interesante advertir la cualidad de la movilización social. Por siempre, la movilización social en México mostraba su cariz corporativo. Eran las organizaciones sociales, campesinas y sindicales las que marchaban; ahora, por primera vez, predominó el ciudadano. De las grandes pancartas grupales a la denuncia individual a través de carteles improvisados. El movimiento corporativo en México comenzó a transformarse en movimiento social. Para advertir las diferencias entre uno y otro desde una perspectiva teórica, revisar los números 28 y 29 de la revista *Sociológica*, UAM-A, 1995, dedicados a los movimientos sociales desde diferentes perspectivas de análisis sociológico.

Electoral para salvar la credibilidad de las instituciones democráticas (instituciones que bien pronto supimos se alineaban a la derecha) y esa voz autorizada terminó por ahondar el escepticismo de buena parte de los mexicanos en la recuperación de nuestra enfermiza democracia.

En efecto, después de agitadas semanas de confrontación política e inusual movilización social, el Tribunal Federal Electoral emitió su fallo¹⁷: calificó como válida la elección presidencial y declaró a Felipe Calderón Hinojosa presidente de los Estados Unidos Mexicanos para el periodo comprendido del 1 de diciembre de 2006 al 30 de noviembre de 2012, de conformidad con el artículo 99 párrafo cuarto fracción segunda de la Constitución. Y en cuanto a las impugnaciones sobre un conjunto de irregularidades al proceso electoral presentadas por la Coalición por el Bien de Todos, el tribunal estimó que, si bien muchas de ellas fueron contrarias a la ley, no podía calcularse el impacto sobre la elección. La difusión, consideró, de mensajes emitidos a través de los medios electrónicos e impresos por las fuerzas partidarias y por fuerzas sociales convertidas en grupos de presión, como el Consejo Coordinador Empresarial, era ilegal y sin duda generó efectos negativos que atentan en contra del principio de la libertad del voto en tanto que pudieron constituir un factor determinante que influyera en el ciudadano para orientar su elección en determinado sentido. Sin embargo, consideraron que, a pesar de la existencia del conjunto de irregularidades señaladas por la oposición de izquierda, “la sola existencia de algunos spots o mensajes negativos es en sí misma insuficiente para concluir, indefectiblemente, que se ha afectado el principio de la libertad del voto”. En su opinión, “no existen elementos que permitan establecer de manera objetiva que la intención del voto de los electores fue afectada preponderantemente por la difusión de spots negativos”.

Más adelante se insistió en que sí hay un vínculo temático y una consonancia entre los spots emitidos por el PAN y los del Consejo Coordinador empresarial, y volvieron a afirmar que existía una violación legal que quebranta los principios constitucionales de igualdad en la contienda y de legalidad electoral, pero se insistió en que “por sí misma, no es determinante para el resultado de la elección ya que no obran elementos probatorios en autos que demuestren fehacientemente el impacto de los spots difundidos por el CCE”. Y la misma cantaleta jurídica la repitieron para el caso de la intervención de varias empresas mercantiles: no hay

¹⁷ Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, *La Calificación Presidencial*, ver la prensa nacional en la última semana de agosto para revisar el documento y su impacto político.

medio de prueba alguno para establecer el impacto que pudo haber tenido en el proceso electoral.

En cuanto a las ilegales intervenciones del presidente Vicente Fox, el tribunal consideró que, si bien pudieron contribuir en alguna forma para determinar la intención del voto, esta influencia se vio disminuida por diferentes aspectos (la tregua navideña, el acuerdo de neutralidad y la orden decretada por la corte de suspender la publicidad institucional); sin embargo, el tribunal aceptó que, de no haber sido por estas restricciones, las declaraciones del presidente de la República se hubieran constituido en un riesgo para la validez de los comicios y podrían haber representado un elemento importante en el resultado final de la elección.

En suma, para el tribunal, los factores de atropello a la normatividad en los comicios fueron evidentes, pero, en su apreciación –pensamos que con escaso sustento legal– no era posible medir el impacto que tuvieron sobre la intención del voto. De manera por demás subjetiva, ligera y poco apegada a la reflexión jurídica, resultaba inútil, desde su muy parcial perspectiva, cualquier esfuerzo orientado a precisar el impacto que sobre la elección presidencial tuvo el amplio conjunto de irregularidades que, a lo largo del proceso, se advirtieron. Fue poco afortunado –jurídica y socialmente– el fallo del tribunal. Aún queda impreso en la memoria de millones de mexicanos la desconfiada interrogante sobre por qué no recurrieron al *voto por voto y casilla por casilla*; por qué no investigaron a fondo las principales causales que podrían haber orientado su juicio hacia la nulidad abstracta de la elección; por qué no se tomaron el trabajo de indagar, a fondo e imparcialmente, con la información a su alcance, el impacto que tanta irregularidad tuvo sobre la intención del voto. Su decisión terminó polarizando aun más a las fuerzas políticas en pugna y exacerbando el descontento social. El gigantesco movimiento ciudadano de protesta se había transformado ya en plantón y, después del restringido fallo emitido por el tribunal, se constituyó una Convención Nacional Democrática que decidió, entre otras cosas, desconocer el veredicto de la magistratura. Las fuerzas de la derecha actuaron en bloque y, lo más preocupante y poco reconocido, fuera de la legalidad.

Las consecuencias, hasta hoy, son graves. En lugar de consolidarse nuestro sistema democrático, el país se polarizó e inició un riesgoso proceso de enfrentamiento político al margen de los marcos establecidos por la ley electoral. A la lucha política partidista se le agregó un nuevo elemento: el ingrediente social. La disputa por el poder desplazó la desavenencia programático-partidista, para transformarse en conflicto social. El enfrentamiento rebasó a los partidos

políticos y mostró con mayor claridad lo que cotidianamente se disimula: el encuentro clasista, la distinción geográfica, el comportamiento racista y discriminatorio, y el enorme abismo existente entre ricos (cada vez menos) y pobres (cada vez más).

En lo concreto, la coyuntura mostró dos grandes bloques, dos posiciones políticas, dos formas diferentes de entender la realidad nacional, dos visiones de nación que, hasta hoy, se muestran irreconciliables. Por un lado, una izquierda, fragmentada y cada vez más violenta en sus enfrentamientos internos¹⁸, y por el otro, el conjunto de poderes políticos y sociales de derecha que se aglutinan alrededor del “programa” de Felipe Calderón, candidato del Partido Acción Nacional y formalmente reconocido como triunfador de la contienda electoral por la presidencia de la República. A este bloque lo distinguen, además de los militantes panistas, los grandes empresarios organizados, gran parte de los dueños de los medios electrónicos e impresos, la cúpula clerical de la iglesia católica, los viejos líderes corporativos inscritos en el Congreso del Trabajo, los líderes, igualmente corporativos, del poderoso sindicato nacional de maestros, el SNTE, y, por supuesto, el aparato de Estado y la política utilización de sus programas sociales.

De lo anterior podríamos desprender al menos dos interrogantes: una, ¿hasta dónde la parte pragmática del PRD, agrupada en lo que se conoce como Nueva Izquierda, puede ser considerada como un anormal elemento que, al menos coyunturalmente y sin dejar de ser oposición, se inscribe dentro de las reformas neoliberales que impulsa la nueva derecha en el poder?; otra, ¿en verdad las encuestas de opinión que se dice apoyan mayoritariamente lo que va de la gestión de Felipe Calderón son un soporte a las políticas neoliberales que su gobierno impulsa, o simplemente

¹⁸ Nos referimos en lo general a dos grandes polos ideológico-pragmáticos: uno, integrado por importantes y diversas corrientes al interior del PRD y, principalmente, por las extensas redes de apoyo ciudadano, que apoyan el programa del que fue candidato perredista a la presidencia, Andrés Manuel López Obrador, sintetizado en una proclama política con marcada orientación social: *Por el Bien de Todos Primero los Pobres*, y fuertemente decidida a no reconocer el nuevo gobierno al que califican de espurio; otro, conformado por las corrientes negociadoras del PRD aglutinadas en lo que se conoce como Nueva Izquierda, que considera políticamente necesario reconocer al gobierno panista y negociar con ellos proyectos que se orientan a la definición de una sociedad democrática de libre mercado. Vale aclarar que, después de más de un año de gobierno calderonista, estos dos grandes polos ideológicos en que se expresa la izquierda perredista han acentuado no sólo sus diferencias doctrinarias, sino que sus relaciones se han tornado cada vez más violentas, a tal grado que no pocos analistas piensan en la posibilidad de un rompimiento. Qué mejor ejemplo al respecto que las violentas y tramposas elecciones internas del PRD en marzo del 2008.

es la inmemorial voz ciudadana que clama por el orden social, sin importar lo autoritario que éste pueda llegar a ser? De ser cierto lo último, tendríamos que considerar a estos amplios sectores de población ubicados por lo general en la llamada clase media, como cimiento no de una nueva derecha en el poder con pretensiones de fundar una sociedad de libre mercado, sino de una vieja derecha social que privilegia, sobre cualquier valor, la idea de orden.

En suma, resulta evidente el acelerado proceso de de-rechización en México, comandado no por aquella derecha liberal ilustrada realmente preocupada por la instalación de una sociedad democrática que defiende institucionalmente los valores axiomáticos propios del liberalismo doctrinario, sino más bien por otras tendencias conservadoras que, sólo en su parte económica, comparten el ideario liberal. Nos referimos, por un lado, a la nueva derecha política –partidaria e institucional– que, desde el inicio del experimento neoliberal en México, expresa su poco afecto por la democracia y su nula preocupación por mejorar los deteriorados niveles de vida de la población¹⁹; y por el otro, a la vieja derecha social –religiosa y laica– que a cambio de apoyar acriticamente los autoritarios procedimientos económicos neoliberales impulsados por la derecha política, se les permite reforzar sus intolerantes atavismos reaccionarios para imponerlos a colectivos sociales sensibles a la necesidad de imponer, desde el poder, la paz social, al margen de cualquier forma de democracia, o con la complacencia a cualquier tipo de autoritarismo.

En lugar de conclusión un intento de tipología sobre la derecha en México

Por todo lo antes expuesto, queda claro que, de manera abstracta y doctrinariamente hablando, los postulados que unen a las distintas corrientes de derecha en México y en el mundo, se engloban en los valores axiomáticos que difunde la sociedad de libre mercado; sin embargo, en su concreción, y principalmente a nivel político, se advierten diversos niveles de autoritarismo dentro de las organizaciones que integran este espectro ideológico-político: los que creen, defienden y ejercen la democracia electoral propia del liberalismo y los derechos individuales que de él se derivan, y aquellos otros a los que parece sólo interesarles dicho complejo ideológico como recurso demagógico para ejercer la dominación política.

¹⁹ Qué mejor ejemplo al respecto que la ofensiva concentración de la riqueza en México, acompañada de comportamientos políticos intolerantes que mucho nos recuerdan la vieja cultura política nacional heredada de la Revolución Mexicana: la de la corrupción, el clientelismo y los compadrazgos.

Para el caso concreto de México, y solamente con el fin de tratar de identificar, aunque sólo sea de manera superficial, una realidad que con frecuencia nos confunde, intentamos clasificar a la derecha mexicana en los siguientes conjuntos:

1. *La nueva derecha política en el poder*: entendida como aquella difusora de la ideología neoliberal y, en especial, impulsora de la nueva política económica de mercado. Se integró, de 1983 a 1999, por cuadros de élite surgidos del PRI ubicados en puestos de alto nivel dentro del aparato de Estado. Se definieron por su comportamiento autoritario en lo político y neoliberal en lo económico. Durante tres sexenios mantuvieron la centralidad en el ámbito de la política nacional, compartiendo sus objetivos inmediatos —aunque con serios conflictos— con los líderes y representantes populares adscritos al Partido Acción Nacional. A partir del año 2000, con la histórica derrota del PRI en las elecciones presidenciales de ese año, la centralidad política le es arrebatada a este hegemónico partido por nuevas fuerzas de derecha representadas, en la cúpula, por el presidente Vicente Fox, partidaria y críticamente por el PAN, por los sectores neoliberales del PRI y, desde la ambigüedad política, por algunos sectores del PRD. Con la continuación en el poder de la derecha en las elecciones del 2006, la centralidad política dejó de ser carismática y comenzó a institucionalizarse desde el partido político representante de la derecha, el PAN, manteniendo los apoyos críticos, aunque cada vez más explícitos, del PRI neoliberal y del PRD negociador. Podemos asegurar que durante este periodo (2000-2008), al igual que durante el tiempo del priísmo neoliberal en el poder, el panismo —carismático e institucional— se definió por sus comportamientos autoritarios en lo político y liberales en lo económico.

2. *Vieja derecha política nacionalista-corporativa*: grupos políticos fuertemente ligados al PRI desde las décadas del nacionalismo revolucionario; aunque debilitados, y prácticamente excluidos del poder central, continúan ejerciendo una fuerte influencia política. Hablamos de los viejos caciques, frecuentemente investidos de gobernadores, que encabezan los poderes regionales del PRI y sus aparatos corporativos. A lo largo de estos conflictivos años de transición, aparecen como los sujetos que más se resisten al cambio de las estructuras y de las formas de hacer política, y si en lo cotidiano se pliegan “dócilmente” a las decisiones del gobierno en turno, no les tiembla la mano para actuar, casi siempre fuera de la ley, cuando se afectan sus intereses particulares. De los resultados de la lucha por conservar sus privilegios, depende el tipo de relación que establezca con la nueva derecha política en el poder. De manera velada o abierta, siempre existe entre estas dos fuerzas una tensión política que, generalmente, se resuelve de manera pragmática.

3. *La nueva derecha social* empresarial neoliberal: Durante la primera etapa de la derechización en México (1983-

2000), su comportamiento se expresó de tres diferentes maneras: una, hasta 1994, manteniendo su inercia corporativa a través de las tradicionales organizaciones patronales y su disciplinada cercanía con los dos primeros gobiernos priístas (Miguel de la Madrid y Carlos Salinas); otra, después de la crisis de 1994, luchando por exigir sus intereses de clase dentro de la nueva etapa del mundo global, sin depender directamente del poder político en turno (Ernesto Zedillo), aunque sin enfrentarse a él; y una más, aliándose desde el sexenio zedillista con la nueva derecha política representada por el PAN, para lograr expulsar de la presidencia de la República al PRI. Fue el tránsito de una dependencia corporativa al poder priísta, a una liberación política que los convirtió como sector, en un poderosísimo grupo de poder autónomo que influye, hasta hoy, sobre los destinos políticos del país. El grupo se integra tanto por los nuevos señores del dinero engendrados durante el gobierno salinista, como el viejo poderoso grupo empresarial corporativo que durante décadas crecieron bajo el amparo de los gobiernos priístas. Lo mismo que la nueva derecha política, la nueva derecha empresarial no ha mostrado, más allá del discurso, una inclinación explícita hacia la democracia electoral; sus comportamientos cotidianos se cargan más hacia las decisiones autoritarias.

4. *La nueva derecha social*: encabezada en lo fundamental por gran parte de las organizaciones sociales no gubernamentales en México y grupos diversos de intelectuales que, comprometidamente, hacen suyo el ideario de la sociedad de libre mercado, poniendo particular énfasis en la implantación de una verdadera democracia electoral y del conjunto de valores axiomáticos que engloban los llamados derechos del hombre. Por su compromiso explícito hacia este complejo ideológico, negocian críticamente con la nueva derecha política y su pragmático modo de ejercer el poder, y se oponen, con escaso o nulo margen de negociación, a la vieja derecha política por su descarado uso de las herramientas construidas por nuestra vieja cultura política nacional (corrupción, clientelismos, compadrazgos, tráfico de influencias, etc.). Por los conflictivos avatares de nuestra democracia electoral, se vuelven cada vez más críticos de la acción política partidaria, y, en lo general, censuran el carácter híbrido de las instituciones que nuestro proceso de libre mercado ha creado.

5. *La vieja derecha social*: nos referimos fundamentalmente a la Iglesia Católica mexicana y a los grupos y organizaciones sociales que engendra, comúnmente identificados por su actitud reaccionaria y su moral intolerante. Es común que no busquen problemas con la nueva derecha en el poder, por el contrario, se cobijan en ella, y es frecuente su enfrentamiento, no exento de posibilidades de negociación, con la vieja derecha política nacionalista-corporativa. Su más caro anhelo: recuperar su influencia política en el poder.

Publicaciones de la UAM-Azcapotzalco

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Para adquirirlas
puede dirigirse a
las librerías de la
UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA

Informes:

UAM-Azcapotzalco, DCSyH
Coordinación de Difusión y
Publicaciones. Tel. 53 18 91 09
web.[www.azc.uam.mx/csh/
publicaciones](http://www.azc.uam.mx/csh/publicaciones)
e_mail:ldr@correo.azc.uam.mx

LA INDUSTRIA MAQUILADORA DE EXPORTACIÓN: ENSAMBLE, MANUFACTURA Y DESARROLLO ECONÓMICO

Kevin J. Middlebrook
Eduardo Zepeda
(Coordinadores)



En
sociales



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA



Casa abierta al tiempo
Azcapotzalco

APROPIACIÓN Y PROPIEDAD. UN ENFOQUE INSTITUCIONAL DE LA ECONOMÍA MEXICANA

Fernando Jeannot (Coordinador)
Pascual García Alba Iduñate
Víctor Hugo Lares Romero
Óscar Enrique Martínez López
Ernesto Henry Turner Barragán



En
sociales



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA



Casa abierta al tiempo
Azcapotzalco